

siempre algo la duda en las inteligencias que con sus sospechas asombra. Tras tan escandalosa disputa comenzaron los rumores de divisiones entre los apóstoles de la nueva Iglesia, y tras estos rumores la convicción profunda en Calvino de mostrar ante Suiza entera la unidad de la Reforma y la unión de los reformadores. Movido por tal pensamiento, personóse en la casa del Consejo de Berna y pidió la convocación solemne de nuevo Sínodo en Losana y la comparecencia en él de todos los principales reformadores y de su protervo acusador Caroli. Convínose en la justicia de tal demanda, convocóse la reunión para el día más próximo posible, y la hora más oportuna; entregáronse á Farel, en quien hicieran mucha mella las acusaciones aunque infundadas, recursos para el viaje; notificóse á Caroli el acta de comparecencia y hubo al cabo tan saludable Sínodo. El acusador se presentó con unas alforjas, en las cuales llevaba el voluminoso proceso, engordado por sus cavilidades innumerables de vulgar leguleyo. En cuanto empezó su acusación exigiendo nuevas declaraciones dichas en sus barbas como tributo á su autoridad y satisfacción á sus dudas, contestóle Calvino, diciendo que no quería dar el dogma como alimento á un perro ni arrojar á un cerdo las perlas de sus ideas. Y dicho esto, y volviéndose al concilio proclamó divino á Cristo y le identificó en esencia y sustancia con su Eterno Padre.

Resuelto el acusador á mantener su acusación bajo cualquier pretexto, indicó, en su afán de vejar, como á herejía olientes aun aquellas francas declaraciones y exigió una terminante adhesión al símbolo de San Atanasio, confundido en su mente oscura y en su ignorancia de toda teología con el símbolo de Nicea. Calvino, tan piadoso como sabio, mostró que los cánones llamados de Atanasio no tenían mucho que ver con el credo creído y cantado por la Iglesia universal desde los días del concilio ecuménico encabezado por el gran Emperador Constantino. Obra de la tradición y de la tradición africana, separábase no solo de la sencillez evangélica sino también de la pureza dogmática. Fijado y escrito en la bárbara edad de Cárlo-Magno, participaba de todas las sombras que cubrían por aquel tiempo á la Iglesia universal, á saber, de las competencias entre los Pontífices de Roma y los Patriarcas de Constantinopla y las luchas de iconoclastas y no iconoclastas por las imágenes y las pretensiones papales al dominio universal de la conciencia y de la

tierra. Por consiguiente, creyendo Calvino en la divinidad absoluta de Cristo y en la identidad con el Eterno Padre, no creía ni pura ni correcta la urgente adhesión al símbolo mal denominado y peor conocido bajo la solemne advocación de San Atanasio. Este golpe moral hirió de muerte á su competidor. Cuando ya estaba convicto de ignorante, alzóse Farel y le arguyó con pruebas de inmoral. Tras tamaña derrota debía venir inevitable sentencia, y los poderes civiles condenáronle á la proscripción muy usada en aquellos tiempos. Caroli abjuró del Protestantismo, y huyó á Francia. La Iglesia le recibió en su seno, y no perdonándole ni sus veleidades ni sus apostasías, le condenó á mísera oscuridad y á triste y desolada pobreza.

Nuevas complicaciones vinieron, y con estas nuevas complicaciones, acrecentáronse los poderes morales de Calvino sobre las conciencias al par que se acrecentaban sus talentos dialécticos en las disputas de los continuos Sínodos. Por aquellos días sentíase la necesidad de unir las Iglesias protestantes y con mayor urgencia las Iglesias de Alemania y de Suiza. Un gran disentiimiento, ya lo hemos dicho, estalló entre la Iglesia helvética y la Iglesia germánica por las ideas contradictorias de Lutero y Zuinglio respecto á la Eucaristía. Para este, para el cura de Zurich, la Eucaristía quedaba reducida por el espiritualismo protestante á mera comunicación ideal del alma de los fieles con el alma de Cristo por medio de una cena mística en que los cristianos se asimilaban y difundían por todo su ser el divino Verbo; para aquel, para el monje de Witemberg, los textos evangélicos tenían claridad irrefragable y el sentido del pan eucarístico no estaba en el caso, aunque algo se idealizase, de apartarse por completo y en absoluto del antiguo dogmatismo católico. La diferencia resultaba muy pronunciada y la conciliación muy difícil. A pesar de todo, teólogos germánicos y teólogos helvéticos mediando la ciudad de Helvecia más relacionada con Alemania, Basilea, y la ciudad de Alemania más relacionada con Helvecia, Estrasburgo, llegaron á una concordia bien aparente, proyectando como una línea media entre las ideas de Lutero y las ideas de Zuinglio.

Un nuevo Sínodo se reunió en Berna. Hoy nos extrañan mucho tales reuniones, acostumbrados á otras en que se dilucidan asuntos menos religiosos y más prácticos. Pero no puede, no, afearse al siglo décimosexto, como sue-

len gentes superficiales ó escépticas, aquel interés por las cosas eternas pertenecientes á los invisibles dominios del alma. Estrasburgo mandó á la conferencia de Berna sus primeros teólogos; Ginebra, como las demás ciudades suizas, mandó tambien los suyos, y los señores berneses dieron á la asamblea la fuerza de un Congreso político y la solemnidad de un religioso concilio. Pero no se hallaba la síntesis entre los conceptos atribuidos tradicionalmente á Lutero y los conceptos atribuidos tradicionalmente á Zuinglio, los cuales distaban tanto entre sí como distan el Catolicismo y el Protestantismo. Ya estaban las inteligencias separadas por las contradicciones propias de tales teológicas disputas y mas aun que las inteligencias los ánimos á causa de los afectos contrarios en estas controversias despertados, cuando surgió Calvino y en su palabra y en su idea surgió tambien el íris de concordia. No puede, no, explicarse un dogma religioso y una teoría teológica, cual se explican las ciencias matemáticas y exactas; pues así como no puede lo infinito en límites encerrarse, no puede á su vez encerrarse lo incomprendible y sobrehumano en ninguna humana comprension. La comprensibilidad está en la razon de nuestro sér, y la incomprendibilidad para nosotros, solo resultará comprensible allá en la razon purísima del absoluto sér. La carne de Cristo es verdadero alimento; la sangre verdadera bebida, puesto que nosotros en Cristo vivimos y por la virtud santificante de su espíritu participamos de su sér recibiendo su eterna sustancia toda entera, union significada por el pan y el vino recibidos como señal de ella en el santo instante de la sacratísima cena. Tales palabras convencieron á unos y otros, realizando la union de las inteligencias y la síntesis de las ideas por tal modo, que la Iglesia alemana y la Iglesia helvética se confundieron y compenetraron en el inmenso pensamiento de Calvino.

Nuevas dificultades dentro de Ginebra tanto mas de temer, cuanto que nacian del falsísimo concepto que debilita la obra calvinista, de aquel empeño constante y porfiado en poner á servicio de la idea el gobierno y autoridad de los Estados. Así pedia Calvino cuatro predicadores y dos diáconos, se les nombraba; el llamamiento de algun calvinista errante y ausente, se le llamaba; la proscripcion de algun hereje espiritual, se le proscribia; las prohibiciones de reliquias é imágenes, se prohibian; el arreglo de las Iglesias á su gra-

do, se arreglaban: que la idea de Calvino esclarecia y la voluntad de Calvino dominaba toda la República. Por esta seguridad incontestada é increíble de su dominacion absoluta, y so color de promover la union estrecha entre los ciudadanos y la unidad espiritual en la Iglesia, el omnipotente reformador propuso que se requiriera públicamente á todos aquellos, reacios en prestar juramento á su confesion, á que lo prestasen. Existian muchos, á quienes repugnaba tal ceremonia por apego á la vieja Iglesia; pero muchos mas á quienes repugnaba por amor á la nueva libertad. Aquellos veteranos de la democracia, tan combatidos por todas las tiranías y por todos los seculares privilegios, despues de sacudir el yugo de los Duques de Saboya, de los Papas de Roma, de los Emperadores de Alemania, no querian someterse á los reformadores cuando echaban mano de los medios coercitivos, diciendo que no habian roto un Estado despótico para erigir una Iglesia despótica sobre sus espaldas poco dispuestas á sobrellevar ningun género de pesadas cadenas. Las quejas llegaron á tal extremo que conmovieron el orden público y echaron sobre plazas y calles los odios extintos de las antiguas facciones. Los vecinos del barrio conocidos con la denominacion de alemanes, tan célebres por sus antiguos servicios á la libertad, no acudieron á San Pedro á prestar juramento, y su ausencia sembró grandes discordias entre los Consejos de Berna y los Consejos de Ginebra y entre esta ciudad y sus respetados gobernantes.

Formidable partido engendró la tenacidad de los reformadores en exigir por medios de coercion, propios del Estado solamente, la fe viva en sus ideas dogmáticas y la obediencia constante á sus leyes morales. Este partido aseguraba creer en la Reforma calvinista, mas por impulsos de la propia conciencia; practicar la moral calvinista, mas por impulsos de la propia voluntad. En reducido espacio, y bajo el influjo de la revolucion religiosa, despertábase con vigor el problema capital de la Edad media, el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Los reformadores proponian á una el Estado sometido á la Iglesia; los opositoristas proponian á una la Iglesia sometida por su parte al Estado; y una porcion de ciudadanos bien considerable la inteligencia entre ambas entidades por medio de relaciones basadas en armonías algo diversas de las propuestas por los pensadores modernos en sus teorías acerca de la separacion entre la Iglesia y el Estado, teoría incompre-

sible en una sociedad incapaz de medir la distancia mediante entre la moral y el derecho, entre los poderes religiosos y los poderes políticos. Así las pretensiones excesivas de Calvino y Farel, la sumision de los Consejos ginebrinos á la supremacía de la Iglesia, el empeño de los opositores por la supremacía del Estado, las luchas entre los señores de Berna y los síndicos de Ginebra, la creciente agitacion de la ciudad angustiaron los ánimos valerosos y oscurecieron los entendimientos claros hasta el punto de lanzar á un hombre como Tillet, compañero antiguo de Calvino, su hermano del alma, su correligionario por la identidad de pensamientos, á la reaccion religiosa y devolverlo al seno de la Iglesia católica.

Como siempre que una grande agitacion estalla y un sentido general se pronuncia respecto á ciertos problemas en pueblos de antiguo libres, los ciudadanos opuestos al predominio de la Iglesia calvinista empezaron por constituir un partido y concluyeron por aspirar al poder. Y como siempre que partidos nuevos se constituyen, hubo en este una fraccion bien considerable de impacientes y de violentos anhelosos por encender las pasiones hasta convertirlas en delirio, é impulsar los ánimos hácia adelante hasta envolverlos en una revolucion. Por fortuna sobrepusieron los hábiles á los apasionados y remitieron á los votos el logro de empeños que seguramente se hubieran frustrado por el empleo de las armas. Pero los hábiles no pudieron impedir que los violentos persiguiesen con sus amenazas y con sus denuestos á los reformadores. El 3 de febrero de 1537 fué señalado para la importantísima eleccion que habia de ver frente á frente dos partidos irreconciliables.

Los impedimentos aumentaban y fortalecian las resoluciones de Calvino en pro de una teocracia mas bien moral que religiosa, pero muy autoritaria y muy fuerte. Segun el gran pensador, perdíase la revolucion religiosa si no se organizaba en una soberana Iglesia, si no se definia en unos concretos y claros dogmas, si no se realizaba en una purísima y severa moral religiosa. Para todos estos fines precisaba tener un núcleo de pensamiento y de accion, Ginebra por ejemplo, interseccion natural de las vías principales del continente europeo y conjuncion natural de las ideas principales del espíritu humano, por cuya razon precisaba escogerla como Dios escogió á Israel, y erigirla en fortaleza tan alta y formidable que no pudiese llegar á sus fundamentos el

diluvio del mal y del error. Para Calvino, los que condenaban la intervencion de la Iglesia en el Estado, no creian en la Iglesia; como los que negaban fuerza coercitiva á la moral para su cumplimiento no querian vivir con moralidad y con pureza. Pero sus ideas no prevalecian por estos momentos y la oposicion lograba persuadir á las gentes de la necesidad urgentísima é imprescindible de cambiar el gobierno. Y se cambió. Los síndicos nombrados por motivo de la renovacion legal, pertenecieron todos al partido antic Calvinista. El regocijo de los violentos no tuvo freno, como su oposicion á la vez no habia tenido tregua. Abriéronse las tabernas de par en par y desparramáronse por las calles grupos ebrios y vociferantes; las amenazas mas sangrientas, los epítetos mas soeces, las canciones mas injuriosas, brotaron de los senos del populacho enloquecido por los vapores de la inesperada é inmerecida victoria. Ginebra iba siendo, pues, inhabitable para sus dos grandes salvadores, Farel y Calvino.

Comprendiéndolo así los mismos designados y elegidos para el gobierno en oposicion á los reformadores, trataron de impedir el escándalo, creyendo para el triunfo definitivo de mayor eficacia la moderacion que la violencia. Al dia siguiente de su triunfo, las trompetas del Consejo sonaban con su voz estridente por las calles, y los pregoneros promulgaban nuevas ordenanzas, disponiendo que cesasen los cantares injuriosos y obscenos; que volviesen los viandantes á llevar linternas á mano despues de las nueve por las noches; que concluyesen los debates y los dicterios, amenazando á todo contraventor con tres dias de encierro á pan y agua por la primera contravencion, seis por la segunda, nueve por la tercera. Tales disposiciones devolvieron un tanto de tranquilidad al partido amenazado, pero aumentaron la violencia de los violentos en el partido amenazador. Para calmar á estos, tramaron los nuevos síndicos la expulsion de los compañeros suyos, que aun pertenecian al partidocalvinista; y la lograron á su sabor enredándolos en burda calumnia urdida ciertamente adrede, y consistente en no sé qué clase de tratos entre los amigos del reformador de la ciudad y los ministros del Rey de Francia para entregar Ginebra y los ginebrinos á la dominacion del extranjero. Mucho dolió al reformador aquella medida, pero le dolió aun mas este pretexto; y en su dolor, calificólo de grosero embuste sugerido por el nefasto padre de toda mentira.